

Alfarero de carne

evanescencia



Capítulo 1

Apenas hay luna, está oculta en un cielo escondido tras un manto de nubes grisáceas. Según el calendario es verano. El viento, en su afán contradictorio, refresca las calles de la ciudad.

Los faroles alejados en la altura iluminan la calzada principal. El surco de líquido marcado en las baldosas refleja la luz, tiñendo de rojo el paso lento de los cabizbajos alfareros. En rigurosa fila avanzan hacia la entrada de la fábrica, cada uno arrastra una mole de carne pálida a través de una cadena. Sus metálicos eslabones tienen anzuelos en sus extremos para asegurar la sujeción. Las heridas no son profundas pero provocan el inevitable rezumar de la sangre.

Hay gente asomada en algunas ventanas de los edificios que delimitan el camino, observándoles en silencio. Con respeto, aunque la burla siempre está presente a sus espaldas. Se dirigen a la fábrica para no sentirse solos. No han sido válidos.

Cada alfarero lleva un bulto según su solicitud preliminar. Diferentes tamaños que afectan al peso final y diferentes detalles que afectarán al resultado final. Piel, músculos, órganos y líquidos orgánicos. Todo aunado, formando una enorme masa de carne similar a la mezcla que hace un niño juntando varias plastilinas para formar una caótica mezcla. Aquí la paleta de colores es más limitada, es un arcoíris de tejidos humanos.

Tras cruzar la entrada recorren un estrecho y largo pasillo. Algunos sienten quemazón en los ojos con la excesiva iluminación que hay, la absoluta claridad difiere con la penumbra que debería tener la noche.

El río de sangre continúa hasta llegar a la sala principal de la fábrica, una gigantesca estancia que abarca todo su espacio. Del elevado techo cuelgan numerosos focos que hacen resplandecer las blancas baldosas del suelo. Parece que están pisando el núcleo del sol.

Las alargadas mesas rectangulares parecen infinitas y contrastan con su color grisáceo, un blanco más apagado gastado por el uso. En cada una de ellas descansa una hilera de tornos de alfarero y una cinta transportadora.

Comienza a ramificarse el caudal rojo. Los guardas, con trajes y porras de color blanco, indican a los alfareros donde deben situarse. Una vez que tienen su sitio asignado, desenganchan los bultos y los colocan encima de las mesas.

La dinámica es fluida salvo en uno de los kilométricos pasillos.

Una persona tiene dificultades para subir su mole de carne, un chico joven de pequeña estatura y cuerpo famélico. Viendo sus brazos, cuyo grosor es semejante a las ramas de un bonsái, resulta lógico que no pueda levantar el peso. Los alfareros de su alrededor le miran extrañados. Algunas personas prefieren pesos parecidos a los suyos, sin embargo, el joven es una excéntrica excepción, ha elegido tres veces su propia masa corporal.

Cada uno tiene sus gustos.

El alfarero que se encuentra a su lado le ayuda a levantar el peso. El joven le da las gracias con una tímida sonrisa en un susurro casi inaudible. En la sala principal está prohibido hablar para no perturbar la concentración. Sabiendo lo que conlleva un resultado final errado es comprensible la exigencia de dicha norma.

El escuálido muchacho se arremanga el blanco chubasquero y se echa el pelo para atrás. Es hora de empezar.

Revisa la superficie de la mesa esperando que no falte nada. Cada alfarero dispone de un espacio específico con todo lo necesario para la labor.

En el centro, una rueda de alfarero.

Encima de ella, la carne ya desenganchada.

A la derecha, una serie de bandejas para separar los elementos y un agujero para depositar los desechos y descartes.

A la izquierda, una sierra, una pala de mimbre y un grueso libro con instrucciones en el caso de no recordar el procedimiento.

Debajo, un pedal y más al fondo un taburete alto que descansa en el suelo.

Gira la cabeza para asegurarse que detrás tiene la cinta transportadora que le corresponde, contigua a la mesa más cercana. No lo necesitará durante el proceso pero sí en el final.

Todo lo necesario, no sobra ni falta nada.

Apila todas las bandejas formando una pequeña torre, servirá dentro de poco. Al finalizar, coge aire y la sierra a la vez. Lo primero es cortar el exceso de carne.

Desliza los dientes metálicos por la piel del bulto hasta que consigue hundirse. Dentro está muy denso pero puede separarse con un buen filo.

A veces nota un temblor al cruzar unos tramos, más duros que otros. Por suerte, los huesos se formarán después.

La sierra llega a la mesa y el corte expulsa un reguero de sangre. La mole de carne se parte en dos, un trozo más pequeño que otro. Con sesenta kilos tendrá suficiente.

Hay que ser rápido.

Agarra el trozo grande, lo apoya inclinado en la torre de bandejas con el corte hacia arriba. La sangre deja de brotar.

Coge el trozo pequeño, lo deposita de forma vertical en la rueda con el corte mirando al techo. La sangre no puede escapar.

Seguramente algunos le miren raro, con razón. No es el proceso habitual, las bandejas no sirven para eso pero debe preservar fresco el trozo de carne sobrante para más tarde, si es necesario.

Lo tiene pensado desde hace tiempo, todo está planificado. Aunque en los ensayos con arcilla lo realizaba perfecto, sospecha que en el momento clave se pondrá nervioso y lo hará mal; por eso vio esencial solicitar un exceso de cantidad en el caso de tener que volver a empezar desde cero.

Agarra la pala de mimbre y golpea con fuerza el trozo de carne más pequeño. El arrastre del trayecto ha provocado que el bulto haya perdido su forma original, con cada impacto intenta proveerle la figura cilíndrica que debería tener. Los golpes calientan y ablandan, con más facilidad podrá moldearse.

¡Ah!

Recuerda que podía haberlo hecho antes de cortar, así hubiese sido el corte más regular. Tonto, tonto ha sido. Intenta no ponerse nervioso. Saldrá bien.

Cierra los ojos, necesita concentrarse en su respiración. Su corazón está acelerado, debe calmarse. Solo ha sido un error.

Recuerda que nunca llegó a pensar que acabaría así. No había esperado ser uno de los integrantes del programa. Supone que nadie desea ser alfarero de carne al ser el último recurso. La opción siempre estaba ahí pero nunca lo consideró válida para él. Todos aspiran a algo mejor aunque siempre se complican las expectativas.

La organización tiene fama de ser estricta pero nunca pensó que lo fuera tanto. Demasiados guardias paseando entre las mesas, demasiada vigilancia. Espera que todo salga bien, debe controlar sus nervios y no

llamar la atención.

Vuelve a golpear el bulto. Gracias a ello libera parte de su tensión pero ya tiene que parar. Es suficiente. La carne está moldeable. Es hora de empezar.

Apoya sus manos en la piel, pálida salvo en las partes rosadas que han recibido los impactos. La textura es singular, está caliente pero los poros están muy marcados. Los escasos pelos que hay, finos y cortos, se rizan como si el inerte bulto tuviese frío o miedo. Pelos pelirrojos, como siempre ha sido para él.

Mira al alfarero que le ayudó a levantar el bulto, ya va por la mitad. Mira a las mesas de enfrente, los demás están igual de avanzados. Reconoce que se está demorando demasiado pero prefiere hacerlo lento para que salga bien. Lo tiene todo aprendido pero prefiere asegurarse como probablemente harán todos los alfareros, sería una tontería acudir aquí sin tenerlo todo pensado. Es muy importante, una decisión para toda la vida.

Empieza a darle forma. Pisa el pedal y la rueda gira con lentitud. Con ambas manos en cada lado del bulto empuja la piel de la parte superior tapando el interior rojizo del corte que acaba de hacer. La carne es muy elástica y pronto cierra la brutal herida marcada con la sierra.

Sitúa sus manos varios centímetros abajo y estruja suavemente. Poco a poco va formándose una esfera ovalada, dividida por un segmento más delgado respecto al resto del bulto cilíndrico.

Listo.

Los rasgos faciales son el primer paso laborioso. Los conoce muy bien. Si tuviese un papel en blanco y un carboncillo podría recrear un perfecto retrato. Es lo normal cuando llevas tantos años con el pensamiento de una misma persona metida en la cabeza.

Cuando se conocieron no pensaba que iba a ser así. Al principio fue indiferencia pero los días avanzaron y, entre la rutina y la casualidad, comenzaron a saber más de cada uno. Los conocidos pasaron a ser amigos. Tantos años juntos logró que ella fuese su mejor amiga, confiándose problemas y alegrías y deseando verse para disfrutar de un tiempo en agradable compañía hasta que sucedió lo peor para él. Empezó a quererla de otra forma.

Hunde sus dedos en la esfera formando una abertura. Los dientes se formarán después de la validación al igual que los conductos interiores. De momento solo puede recrear sus labios en una boca ligeramente abierta. Con los pulgares y los índices empieza a dotarlos como recuerda. Finos, formando una sonrisa como un cuchillo, resplandeciente y cortante; una

sonrisa tan jovial que parece recorrer toda la cara. Cada vez que ella reía, su espíritu se llenaba de felicidad sin parar de rebosar hasta varias horas después.

Empezó a enamorarse de ella al ser tan buena con él, por desgracia le habían tratado muy mal en el pasado. Aunque se llevaban bien y se ayudaban en todo eran dos personas muy diferentes en cuestión de gustos y mentalidad. Polos opuestos que habían conectado. Al principio no quería asimilar su amor hacia ella. Era su antítesis, inviabilidad en ese aspecto. Una relación de amistad no era igual que una amorosa. No quería perder la relación tan bonita que tenían ambos por un capricho hormonal. En su momento pensó que no debería estar dedicando tanto tiempo en pensar en ello. Pero fue a más.

Termina los labios. Coloca el pulgar en el medio y aprieta con fuerza arrastrando varios centímetros hacia arriba para formar el surco que marcará la base de la nariz. Todo tiene que mantener una simetría y eso le ayudará, sobre todo en la cabeza. Mejor hacerlo ahora que dejarlo para los últimos detalles y evitar que se olvide. Muchos alfareros terminan sin realizar el característico surco entre boca y nariz llegando a formar unas caras extrañas. Es un aspecto importante que es frecuente pasar por alto.

Con cuidado posa sus pulgares y las palmas de su mano en la esfera y empieza a arrastrar parte de la piel para formar una nariz con la acumulación. Es bastante complicado, por ello es uno de los primeros pasos para moldear la cara. Si fuese una de las últimas acciones y se cometiese un error como arrastrar más de lo debido habría que rehacer los rasgos faciales al desdibujar la mayor parte de su superficie.

Por fortuna, le sale bien. Lo amolda como debe ser, aguileña con su característica forma que le da cierta personalidad. Introduce su índice en la base de la nariz para formar los dos agujeros y remata las aletas. Acaba a los pocos minutos, la nariz es una de las partes más sencillas salvo el principio.

Es el turno de los ojos, una de las partes más complicadas. Hay que recrear unos párpados cerrados con gran detalle. Es bastante difícil darle un aspecto realista debido a los múltiples pliegues que deben tener para que en el futuro no dé problemas al abrir y cerrarse.

Cuando sea validada los párpados se abrirán y se formarán los globos oculares. Hay pocas probabilidades de que sean iguales a los de ella. Le habría gustado que hubiese sido un paso más en el proceso. Poder pintarlos habría sido una experiencia mágica, emular ese lago verdoso con un núcleo negro y ocre en mitad de un desierto blanco. Es uno de los

aspectos que tendrá diferente y lo ha asumido.

Como el carácter. ¿Qué personalidad tendrá? Durante la validación se crean los órganos y los huesos, se reestructuran los músculos, se crean los conductos interiores y, entre más otorgaciones y remodelaciones, recibe un alma.

Podrá ser físicamente parecida, casi idéntica, pero el carácter será diferente. Su creación se convertirá en una persona sin memoria ni recuerdos. No será lo mismo.

Sus manos empiezan a resultarle aceitosas, desagradables. A veces el bulto supura pequeñas cantidades de grasa y sangre debido a las heridas provocadas por los anzuelos de la cadena. Muchos lo consideran una ayuda para disminuir la fricción entre la piel y las manos de los alfareros pero el ritual del arrastre de la carne no es perfecto.

También nota unas pequeñas piedras en las palmas de sus manos. Es arenilla del suelo del exterior pegada en la superficie del bulto. Al amasar provocan una pequeña sensación punzante. Intenta limpiarlas en el chubasquero pero su textura impermeable y lisa apenas ayuda en el proceso y las piedrecitas adheridas por la grasa no logran despegarse.

Se siente impotente.

Y sucio.

Siente dolor en sus manos y dentro de sí.

Está empezando a volver a sentir remordimientos. Cuestionándose una vez más si merecería la pena lo que ahora está haciendo. ¿No reduce su amor a lo más simple?

A su espalda le llega un sonido eléctrico. Empieza a sonar la cinta transportadora, acaba de ser activada. Abrumado, levanta la vista para mirar a los demás alfareros. Aquel que le ayudó ya no está a su lado. Algunos ya están terminando y colocan sus creaciones en la cinta que lleva a la revisión final. Entre otros análisis, los revisores confirmarán que no hay ninguna copia de una persona ya existente. En ese caso, el alfarero responsable será juzgado y anulado.

Debe concentrarse.

Recrea las orejas. Con cuidado prepara un pequeño montículo del mismo modo que la nariz pero con menos cantidad. Lo aplana apretando entre sus palmas y redondea los lados aportándoles su forma característica. Hunde el índice formando un pequeño agujero. Con dos dedos recrea las pequeñas curvas y fosas del exterior, un laberinto donde se pierden las

palabras. Tras finalizar repite lo mismo en el otro lado.

Aleja un poco la vista. La esfera tiene las características de un rostro humano pero aún es una imitación burda. Con los pulgares recorre su superficie de abajo arriba, variando la fuerza de la presión para formar los pómulos y enfatizar las mejillas, las arrugas naturales y demás líneas de expresión, las máximas posibles evitando forzar la piel. También corrige el puente de la nariz y al acabar repasa el rostro de nuevo, esta vez de arriba abajo, perfilando el mentón y marcando las esquinas de la futura mandíbula.

Vuelve a alejarse para dedicarle un último vistazo. Hay que detallar aún más. Es complicado recrear sus punzantes arrugas labiales, la firma de felicidad que se forma en su tez que refuerza su característica sonrisa, pero lo intenta. También perfecciona la comisura de sus labios y el ángulo del lagrimal de los ojos para después emular la posición y el arco de las cejas, aún ausentes. Con la validación crecerán, al igual que el pelo.

Posiciona sus dedos hacia arriba y, con una uña, marca la línea donde empezará el cuero cabelludo formando un surco casi inapreciable. Algún día tendrá el pelo tan largo y, si la casualidad toma presencia, el mismo peinado que llevaba ese fatídico día, ese momento que siempre ha estado en su memoria desde que sucedió.

Aunque no deseaba poner en riesgo su amistad, decidió declararse y dar el paso. Temía perder la relación que tenía con ella pero la obsesión le estaba volviendo loco, apenas podía dormir y vivía con un constante dolor de cabeza. Pero flaqueó en el instante más importante y mintió, temía que un «no» como respuesta fuese el inicio del fin. Le espantaba imaginar que la negativa llevase a corromper pausadamente su bonita relación de amistad. Era mucho riesgo para él, lo valoraba demasiado.

La esfera ya puede considerarse como una cabeza. Es el momento de centrarse en el cuerpo.

Remodela el segmento delgado que une la cabeza con el resto del bulto formando el cuello. Es una acción sencilla que no necesita mucho trabajo.

Empieza con los hombros y los pechos. Aquí es pura imaginación, siempre la ha visto vestida y el sujetador engaña mucho. Por mucho que lo pensó en la planificación no se ha decidido por un tamaño concreto. Para él es algo que no le importa mucho. Si se enamoró de ella fue por su actitud hacia él, tan distinto de lo sufrido por otras personas, y no por su físico, aunque no negaba que era bastante atractiva.

A pesar de su conflicto se pone con ello, los minutos pasan y el tiempo es

un temido rival. Si sigue a ese ritmo no podrá terminar y su plan fallará.

Estira parte de la carne hasta lograr un tamaño de espalda parecido a la real aunque, por la forma que le ha dado, no sabe si cuando se formen los huesos se notarán unos picos exagerados en los hombros. Al terminar, surca la superficie del cuerpo y, presionando con fuerza las palmas de sus manos, arrastra la carne bajo la piel amontonándola en la prevista zona del pectoral. Ha decidido que al final será un poco que parecerá mucho.

Intenta recrear los pezones pero sus manos no reaccionan.

No puede. Se ha bloqueado.

Se siente mal por ese estúpido detalle, lo considera demasiado íntimo.

Se considera una escoria de persona.

Un fracasado.

Si está ahí seguramente lo sea.

Se siente peor que en ese instante del pasado donde sus esperanzas acabaron pisoteadas.

Una semana después de haberlo intentado quiso volver a declararse. El tiempo pasó y la mentira hizo más daño de lo que creía. La obsesión le carcomía cada día y no podía seguir así. Decidido y envalentonado fue a su encuentro pero antes del nuevo intento tuvieron una fatídica conversación donde ella le confesó un pequeño hecho importante en su vida: había empezado a quedar con un antiguo amigo suyo y estaba muy enamorada e ilusionada. Al oír dichas palabras su alma empezó a caer por un vacío infinito.

Ahora, ellos seguían con la relación. Llevaban juntos más de diez años mientras él continuaba descendiendo en un espacio enorme y oscuro sin paredes a las que aferrarse.

No debe perderse en sus pensamientos. No ahora.

Calcula el espacio donde acabará la serie de costillas y empieza a modelar el vientre. Un término medio, ella nunca ha sido una persona delgada pero tampoco gorda. Acaba profundizando un ombligo con un pulgar, repasando los bordes con pequeños movimientos circulares.

Es el turno de las piernas. Con cuidado tumba el bulto y masajea continuamente el centro de la parte inferior hasta que la carne se vuelve tan blanda y maleable como para realizar dos separaciones sin ocasionar

ningún corte. Las alarga y empieza a formar las rodillas.

Una mueca de resignación se dibuja en sus labios. No le gusta como está quedando la parte inferior, a partir del cuello ha empezado a desdibujarse el diseño que tenía memorizado en su cabeza. Además, ha masajeadado demasiado las piernas. La carne se ha vuelto demasiado rosada, semitransparente y algunas estrías se han formado en su superficie.

Se percata también de...

No.

No.

No puede ser.

Se ha olvidado de hacer lo mismo arriba para los brazos. Al terminar los hombros no continuó con las dos extremidades. Si ahora se pone con ello tendrá que repetir el proceso de todo el torso.

Tonto.

Torpe.

Tonto y torpe ha sido, como siempre fue y lo será.

Una vez más su inseguridad ha conducido a un nerviosismo continuo durante todo el proceso provocándole una ligera amnesia, cegándole de algo que sabía a la perfección tras repetirlo continuamente en los numerosos ensayos. Ve normal que esté tan solo, nadie quiere estar con una persona tan desastrosa.

Pasaron los meses y ella empezó a mostrarse más distante con él, su relación de amistad ya no fue tan íntima como antes. Dejaron de quedar y hablar, ella prefería compartir el tiempo y la confianza con su novio.

No llegó a sentir rencor por el afortunado, su antiguo amigo. Era una buena persona y hacían una buena pareja. Siempre había pensado así pero a veces se contradecía, odiando la relación y deseando su ruptura.

Hubo una época donde cada día se planteaba la misma pregunta. ¿Por qué no dijo la verdad cuando quiso declararse? Había hecho una tontería al negarse, al mentir. ¿Y si ella hubiese dicho que sí? Haber dado el paso una semana antes le hubiese evitado varios problemas. Y si, y si, y si... Llevaba años ahogado en esa decisión. Sus sentimientos más puros y hermosos se había corrompido en una obsesión agria que no tenía fin, una obsesión canalizada en una emulación de su amor a partir de un trozo de

carne.

Decidió esperar, respetando la relación. A pesar de sus enfermos deseos lo último que quería era hacerles daño, en especial a ella. Deseaba en la intimidad que la relación se torciese y dejarasen de estar juntos para volver a intentarlo, una esperanza mínima pero fuerte dentro de su cabeza. Pero ya habían pasado doce años desde aquello y, unos meses atrás, había sido invitado a la boda. No tenía sentido prolongar la espera.

Aunque es arriesgado decide finalizar la parte inferior para después ponerse con los olvidados brazos.

En la parte superior de la espalda decide quitar más carne arrastrándola hacia los glúteos. Mientras observa cómo debe hacerlo, se percató de que tiene que dar un repaso a la espalda, curvando la zona lumbar para que no parezca tan rígida. Quizá pueda cumplir ambos pasos a la vez si presiona debidamente.

Resopla y se prepara. Coloca las palmas de las manos en los hombros y las dirige hacia abajo. El tiempo ha pasado, la sangre y la grasa de la superficie se han secado. El roce es más áspero y arrastra con tanta fuerza que los dedos se hunden en la maleable superficie, desgarrando la piel.

No se ha percatado de ello, está demasiado alterado. Se altera cada vez que piensa en su obsesión, un pensamiento corrosivo que nubla su mente.

Mira la violenta herida en la piel, con tristeza. El interior es oscuro, granate. Emanaba un hilo de sangre que recorre la imitación inacabada de un cuerpo humano hasta llegar a la superficie de la rueda, expandiéndose por el resto de la mesa. Hizo bien en haber solicitado un bulto voluminoso con exceso de cantidad.

Había recibido la invitación cuando estaba empezando a olvidarle, o eso pensó en su momento. Ya no le tenía en su cabeza todo el tiempo pero en ocasiones le recordaba con melancolía. Llevaba años apresado en su propia cabeza y los barrotes seguían presentes pero cada vez eran más delgados hasta que, ante la noticia, se hincharon convirtiéndose en un muro que cubrió de nuevo toda su existencia.

Unos años atrás, cuando la pareja se mudó de ciudad, lo vio como una bendición al pensar que la distancia sería un buen remedio para llegar al olvido y difuminarse su obsesión. Poco a poco su recuerdo se ocultaba con intermitencias y parsimonia, un caracol que se arrastraba pesadamente hacia la hermosa desaparición. Por desgracia, la invitación fue una mecha que provocó la erupción de sus sentimientos, parpadeantes y aletargados. El caracol ardió y, emulando a un fénix, renació con el estallido de un

volcán.

No tenía sentido esperar.

Tampoco tiene sentido continuar.

Abraza su aberración apretando con fuerza sobre su cuerpo. Lo levanta como puede y empieza a andar de forma torpe, arrastrando los pies. Pese al corte inicial sigue pesando demasiado para él. De reojo mira el resto de mesas, ya quedan pocos alfareros ultimando sus obras con pequeños detalles. No llega a apreciar las reacciones de aquellos que se asombran al ver lo que está transportando.

Llega a la cinta transportadora pero deja su creación en el suelo. Necesita coger aire, han sido pocos pasos pero no puede con todo su pesar. Además, con calma quiere verla antes de abandonar la sala y que sea llevada a la revisión. Si cumple todos los requisitos recibirá la validación, la otorgación de la vida.

Pero no pasará eso. Nunca había pensado en llegar a ese punto. Su plan ha sido un fracaso.

Hubiese querido terminarla, crear una copia perfecta y besarla antes de que desapareciera en la cinta transportadora. Besarla con ternura, algo que había deseado desde que se enamoró. Hubiese querido abrazarla antes de despedirse. Aunque no se sintiese arropado pero era suficiente para él.

Pero no iba a ser así.

Mira con tristeza su obra final. Recibe una mirada de párpados herméticos.

Es un desastre.

Todo.

Una mujer amorfa con unos hombros picudos sin brazos, unos pechos sin gracia y un abdomen rugoso. Las piernas son dos tentáculos flácidos y sin textura ante la ausencia de unos pies y unas rodillas. Tampoco tiene ningún lunar en todo el cuerpo, parece un maniquí que apenas se ha esforzado en parecer un ser humano.

Tal vez sea mejor de este modo, haber fracasado en su plan. Estaba reduciendo sus sentimientos en el aspecto carnal, levantando un homúnculo teniendo en cuenta lo más básico.

Se había enamorado de la persona, de la confianza compartida, de su simpatía y amabilidad con él. Pero la relación cambió, distanciándose hasta diluirse y pasar a ser conocidos desconocidos. Aquello que prendió su deseo desapareció pero sus sentimientos quedaron latentes, mutando en una obsesión por querer estar con ella, aunque fuese de forma breve a través de un duplicado inerte de su cuerpo.

Ahora todo resulta absurdo.

Coloca su creación en la cinta transportadora. Puede que los revisores no vean que es una copia de otra persona sino una grotesca imitación de la figura de un ser humano. Quizá la cara sea delatora pero no es una creación terminada. Es una incógnita adivinar su reacción.

No sabe si será azotado por los guardias y arrastrado a los calabozos por no haber respetado las normas. No sabe si será juzgado y negado el no noviazgo para siempre. No sabe lo que podía haber sentido al besar algo tan deseado. No sabe si han acabado los días en lo que sólo pensaba en lo que ella estaría haciendo. No sabe si por fin desaparecerán las noches donde sueña con ella antes de cerrar los ojos.

Solo sabe que falta poco para que las luces se vuelvan rojas y sea llamado por los altavoces.

Deja atrás su puesto de alfarero y camina con paso lento hacia la sala de espera. Evitando la mirada intimidante de los guardias agacha la cabeza e intenta limpiarse la mezcla de sangre y grasa de las manos. Comprueba que ya está seca, un cubrimiento agrietado que se desprende con facilidad.